

menos azarosas con que la ha condicionado la vida. Aquí, como en muchos falsos problemas, lo importante no está en buscar soluciones nuevas, sino en no cometer torpezas con lo que nos vino «hecho y listo para funcionar» desde las remotas brumas de la prehistoria el hombre podrá modificar y codificar lo que él ha creadas, toda rebeldía contra lo que no le pertenece, terminará por hacerle morder el polvo. Creo firmemente, que el gran problema actual del sexo consiste, sobre todo, en no inventarle problemas; y una vez suprimidos los existentes, en curar las heridas que el fanatismo ciego ha abierto en ese rincón noble y delicado de donde manan las fuentes de la vida.—BENJAMÍN SUBERCASEAUX.



PREGUNTAS A EUROPA, por Mariano Picón-Salas. — Editorial Zig-Zag. Santiago.

El ardiente itinerario del cual ha surgido este libro, no lo agota el autor en la impresión vaga, subjetiva, sonámbula, sino lo enlaza con el planteamiento de problemas cardinales, a través de cuya urdiembre se divisa tensa la inquietud de nuestra época. Caduca esté la moda melancólica de las «impresiones de viaje», como también la manía elegante de la interpretación espectral de una geografía o de una raza. El ser urgente del hombre actual intuye más profundamente cuando viaja, porque a través de la comparación, se hace presente su exigencia de autenticidad. Es decir, el hombre actual no es ya el viajero desvinculado y despreocupado: con él viaja su propia realidad que va musitándole ante cada nuevo paisaje su consigna tremenda. A esta realidad, que nos sigue como nuestra propia sombra, pertenece también la concepción que se tenga del hombre y del mundo. Desde ella, el viajero responsable enfoca, selecciona y evita.

A través de las páginas de este libro, advertimos la presencia de un sudamericano auténtico, consciente de los problemas de su tierra, y en cuyo espíritu prevalece la necesidad de la precisión y del rigor, por encima de la libertad instintiva y del fermento. La gracia con que está escrito el libro no impide que nos enfrentemos con la verdadera disposición espiritual del autor. Su fe en la cultura es, así, el timón íntimo que lo desplaza, sediento, entre la turbulenta realidad europea. Observamos en su acepción de la cultura, un dualismo que es fundamental para el desarrollo de su método y que constituye el cedazo severo de sus observaciones: el dualismo entre contenido y forma, entre el poder dionisiaco y la norma apolínea. Para Picón-Salas, el problema de la cultura es primordialmente un «problema de forma». Peligrosa es esta afirmación en nuestros tiempos de discusión afebrada en torno a la cultura, si acaso el autor no explica claramente lo que entiende por forma, revelando la raíz de su concepción dual. Conocemos, sin embargo, al autor, y sabemos que está exento de un culturalismo a lo Spranger o de un formalismo cultural a lo Rickert. Este libro nos revela que no considera la forma como algo estático, sino más bien como una dinámica que somete las «objetivaciones espirituales» de la cultura—para hablar en un lenguaje hegeliano—a una constante mutación y realización, de manera que su análisis coincide con la famosa definición de Scheler: «La cultura es una categoría del ser y no del saber». Precisamente, tomar el pulso a Europa en estos instantes, es constatar el rompimiento angustioso de formas y el despertar de nuevas fiebres creadoras—positivas o negativas—cuyo diagnóstico aun no podemos formular dogmáticamente.

En el fondo, Picón-Salas posee un afán incontenible de armonía, ritmo y medida. Ha neutralizado todo tropicalismo, abriendo anchamente su alma al buen soplo latino y quiere asustar con el ave de Minerva al papagallo tropical. Esto lo

hace perfilar oposiciones concretas, sobre las cuales nos gustaría meditar más reposadamente. Coloca frente a frente la cultura de Europa y la naturaleza de América (naturaleza tomada en su acepción espiritual y humana). ¿Hasta que punto es justa tal oposición? Estamos convencidos de que un alemán es más primitivo, es decir, está más cerca de la naturaleza, que un sudamericano. Por el contrario, en este último hay un prurito de civilización y hasta un refinamiento—lo latino destilado y alterado por cierto pavor y cierto frenesí—que lo conduce más fácilmente a la imitación «formal» de lo europeo, desconociendo que el proceso histórico y psicológico de la cultura europea es más profundo y misterioso que sus cristalizaciones. El prólogo del libro es muy sugerente y hasta cierto punto abre un debate, si en nuestro país se debatiera sobre estos tópicos.

El mejor ensayo nos parece su *Meditación francesa*, en que con escarpelo apasionado nos destaca ese «epicureísmo intelectual» y esa «prudencia vital» del gran pueblo que hoy día nos ofrece la dramática posibilidad de un nuevo orden. Cree el autor firmemente en los dioses mediterráneos. Pero sabemos que en su intimidad también late la sospecha de que entre tales dioses circulan más demonios de los que aparentemente vislumbramos. En todo el libro hay finas observaciones de psicología racial y un acertado tratamiento de la intervención de los elementos históricos y sociológicos en la estructura de los diversos pueblos. Del fenómeno alemán supo sorprender sagazmente la afirmación del «mito», como fuente violenta en que abreva el espíritu germano cansado de racionalismo y de cientismo y azorado ante el resquebrajamiento de su destino. El autor supo elevarse del mero análisis político que en su beligerancia puede desentenderse de hechos decisivos, como la actual lucha religiosa en Alemania y la ruptura con la tradición clásico-cristiana, de consecuencias incalculables para la arquitectura íntima del mundo occidental. Celebramos también

la forma en que pone a Italia frente a Alemania, mejor dicho, frente a Goethe, lo mejor y más puro de la Alemania eterna. Su definición de Italia como «un pueblo de calculadores ardientes» es justísima dentro de su aire paradójal. El diálogo de Stendhal con Jacob Burckhardt nos parece uno de los pasajes más intensos de la obra. «Ya sabe usted que es una necedad positivista hablar del atraso de los países latinos... Posiblemente, en el norte haya algunos hombres más sabios, pero no existe una multitud tan espontáneamente refinada», y luego donde Picón-Salas dice «multitud» podría también leerse «pueblo». La historia cultural moderna se estremece ante el grito de ese misterioso potencial humano — que no es posible captarlo con un método sociológico positivista o materialista — y que constituye esa ascensión terrible y decisiva del «pueblo». Pueblo que no es «masa», ni «sociedad» ni «plebe», ni siquiera «proletariado». Es sencillamente el «pueblo» — como algunos románticos, entre ellos los hermanos Grimm — supieron intuir, y que en España se nos revela actualmente en su santo origen, exhumado y palpitante. Tal fuerza cósmica sabe también desentrañarla Picón-Salas en su evocación de Praga — que tuvimos la suerte de recorrer juntos con el corazón en suspenso — y cuyo arte y cuyo fervor religioso surgen de la áspera y dulce alma checa como una emanación que expresa la unidad de la voluntad humana en el perpetuo descubrimiento de sí misma. Picón-Salas ha escrito un hermoso libro substancial en que la virtud de su serena inteligencia se une a una emoción sutil y madurada. — H. DÍAZ-CASANUEVA.



TIEMPO AUSENTE, poemas por *Jerónimo Lagos Lisboa*.

Hace varios años apareció un libro de versos titulado «Yo iba solo». Su autor era un joven ilusionado y triste: *Jerónimo Lagos Lisboa*. Versos apacibles de un alma buena y noble.